

## Reciprocidad

XAVIER BRU DE SALA

La capitalidad cultural de Barcelona se debería poner más en entredicho o someterse a análisis riguroso, a fin de verificar su auténtico alcance

Tan sencillo, tan respetuoso, tan básico, tan liberador de resquemores, el principio de reciprocidad estaba relegado por el de metrópolis. Según el 'cofoisme' barcelonés y el catalanismo catalán, Barcelona no sólo es la capital cultural indiscutible de los territorios de habla catalana sino de un área de influencia que va mucho más allá. Como casi todo lo que se sustenta de manera principal o exclusiva en teorías, por no decir quimeras, estas consideraciones no son realistas, además de poco o nada significativas para los supuestos capitalizados o periféricos.

Hay dos modos de ejercer la capitalidad. El primero consiste en irradiar, ser centro y referente reconocido como tal. Así, una capital cultural exporta sus producciones, ve a sus artistas en gira, atrae por su oferta miradas admiradas y visitas foráneas. En este sentido, Barcelona está claramente por debajo de sus posibilidades. Lo último de envergadura que organizó, el famoso Fòrum 04, acabó con el triste balance ya asumido (del que todos somos en alguna medida responsables). Pero su efecto no fue transitorio. Nos ha dejado, como secuela, una notable incapacidad de ambición colectiva. Parece como si el Fòrum nos hubiera vacunado contra el gozoso virus de los retos.

Dejaremos para otro momento o para otras cabezas el análisis de la capitalidad mesurable según la irradiación. Es

probable que el tema merezca más de un seminario, o por lo menos aportaciones de quienes, con firma más autorizada, encuentren interesante dedicar unas horas a este y otros aspectos de nuestra realidad cultural que precisan pero no tienen radiografía (ni siquiera aproximaciones fiables). ¿Por qué será que, al escribir sobre cultura, son tan pocas las miradas con voluntad objetiva o ni siquiera de radio amplio? Dejémoslo asimismo, a la espera de relevos a este ya fatigado columnista, para mejor ocasión.

La otra capitalidad, para mí de importancia equiparable o incluso mayor, consiste en erigirse en aparador, altavoz o centro de puesta en valor del entorno. Las capitales que exigen, para poder ser alguien, el cambio de domicilio de los candidatos, la incorporación a su seno, en definitiva la fagocitación del entorno, son capitales débiles. La fuerza de la capitalidad consiste en ser plataforma de lo ajeno, empezando por lo más cercano. Y de manera que los afectados se interesen por la capital como lanzadera o lugar de reconocimiento. En este sentido, Barcelona es mucho menos capital de lo que pretende.

Por todo ello, resulta tan agradable saber que las televisiones y los gobiernos autonómicos de los Països Catalans asumen, según tardía propuesta de la Generalitat de Catalunya, el equitativo principio de reciprocidad televisiva. Eso sí es capitalidad.



Un momento de la ceremonia de clausura del Fòrum 2004

PEDRO MADUEÑO

Vista de Fez (Marruecos) desde una terraza  
GETTY IMAGES



**Novela** Daniel O'Hara relata el viaje a Fez de seis excéntricos personajes en clave tragicómica y con constantes referencias a la última cultura pop

## O'haranoia

**Daniel O'Hara**  
La cançó de l'estiu

EMPÚRIES  
106 PÁGINAS  
12,45 EUROS

**JULIÀ GUILLAMON**

Un grupo de seis amigos viajan a Fez, entre ellos Patatín, el protagonista de la última paranoia de Daniel O'Hara (Barcelona, 1968). Cinco chicos y una chica, dos parejas: Esteve, el hermano de Patatín y José, que trabaja en un banco; un deportista gay alternativo, Ricard, y su pareja, un valenciano; Mariví, a quien ha abandonado el novio, y Patatín, con su carga de álbumes vitalistas en MP3: Diana Ross, Glamour to Kill, Rupaul y Chico y Chica (también se compra uno de Madonna, pero es pirata y sale rayado). O'Hara nos sitúa en otro mundo, distinto del que acostumbramos a encontrar en las novelas y, como tiene gracia escribiendo, hace que la historia nos lleve (con algún tropezón). Y como sabe escoger películas y discos (y cubrirlos de lentejuelas) despierta curiosidad. Con desparpajo narrativo y un goteo de referentes a la última cultura pop, construye su personaje: un tipo que ronda los cuarenta y que, a causa de las pastillas, sufre una disfunción eréctil. El viaje a Marruecos ha de servirle para descubrir el gozo del sexo pasivo. Como ya sucedía en *El día del client*, la anterior novela de O'Hara, existe una tensión entre la voluntad de trasgresión de las normas y la hipocandria que lleva a imaginar los peores males. Esta vez la paranoia se convierte en un elemento estructural del relato, a partir del momento en que Patatín conoce a un periodista de la RAI. El personaje del hermano y del deportista Ricard, junto a sus respectivas parejas, sirven de contraste, sobre todo Esteve, con sus prejuicios de impostura burguesa y urbanidad gay.

La novela tiene dos fases. Hasta la página setenta y nueve (de cien-

to seis) relata los preparativos y el viaje a Fez, con sus pequeñas y medianas incidencias (un ataque de apéndice, una noche en el bar del hotel que O'Hara describe como un putiferio, un viaje en automóvil con una chica marroquí de buena posición y don de gentes que los invita a una cena). Los últimos capítulos tratan de la relación con el italiano y del terror al VIH. La confrontación entre dos maneras de ver la vida y dos maneras de narrarla podrían dar más de sí. A la comedia costumbrista de la primera parte le falta un poco de chispa. Las situaciones y personajes se contagian de la banalidad del viaje programado y sólo las salidas de tono de Patatín (cuando imagina perversiones sexuales frente al retractilado de maletas, o cuando pone por las nubes a Carmina Ordóñez y por los suelos a Maruja Torres) animan la narración.

**Mezcla de géneros**

Para ser una novela petarda tiene un tono un poco bajo. El cambio de ritmo, a partir de la página setenta y nueve, relanza el libro. Pero en las páginas finales, a pesar de la gravedad de lo que sucede (o lo que Patatín se piensa que sucede), el narrador vuelve a trufar el relato con pequeñas bromas y pinceladas de humor negro. Quizás, en aras de un mayor dramatismo, convendría enfatizar la diferencia, remarcar la contradicción entre el loco deseo y el abracadabrante pánico al VIH, llevar al lector de la comedia al drama sin permitir que los géneros se mezclen tanto como, por ejemplo, en *La magnitud de la tragèdia*. O'Hara se ríe de todo y saca una novela de tres minutos, simpática, ligera y pegadiza. De verano. |